

"Un hombre que será olvidado"

(Alcatraz)

Un hombre que será olvidado fragua otra matanza,
por veredas oscuras —mecenas anónimas de lo extraviado—
afila la oxidada lanza contra el frisado ayudado por su media maldad:
a falta de intimidad hay especímenes que se encuentran en el desolle,
y cuando nadie oye retozan y gimen sobre la sangre de las efigies caídas.

Un hombre que en poco será nada acaricia la tristeza,
cabalga ensimismado sobre praderas de un ayer inexistente,
lee las noticias y desmiente la gris realidad,
se ha vuelto un tronco animal devorado por termitas frente al monitor,
ha desechado el resplandor para revolcarse en el lodo de la razón y el ego
descuidando así casi todo... casi, salvo lo adulador
—motor de las decadentes naciones, predilecto anzuelo—,
porque su suelo de ello depende:
el pendenciero de sus marionetas pende,
pero los arlequines no entienden y creen sí valer algo,
lo normal en el letargo de la epifanía narcisa del cristal.

Punto aparte, donde parte el fango,
ahora no suena el fandango,

lo importante, en sí, ya no alza vuelo,
el verdugo lo sabe y mastica el celo, no hay de otra...
es hora de ensillar los cangrejos,
sacudir el aserrín e ir con ella a quitar pieles:
las penas ajenas son fieles
—perfectas alianzas—
para renovar por instantes lo perdido.

Un hombre con un tercio de la mortaja ha conocido la verdad,
ahora es menos de la mitad,
borra de café a tres cueros,
sigue muerto el vuelo aguardando por los juicios que faltan,
ya la frente no se alza, no hay ánimo para eso,
el pellejo en el pescuezo destroza el reflejo solo
y solo queda el dolo para llenar de nuevo el espacio,
el velo cojo,
pero certero,
despacio insiste en sus reclamos a ver si el brillo retorna,
si el canto del grillo logra echar atrás el tiempo,
si se pule la mano manca,
se endereza el bastón torpe,
o la media luna petrificada a kilómetros del oriente
reviste su estampa sola de aguas nuevas.

En la pared

un cuadro de lo que fue atestigua cómo acaba todo:

lejos del pódium, del jolgorio,

de la mata de guayaba del patio de la casa;

nada ha sobrevivido,

ni las risas en los mítines sobre despidos y expropiaciones,

ni los sembradíos de yuca en los amplios terrenos dados a los desvalidos,

ni el aripo sobrepoblado para calmar el hambre del vecino,

ni las espectrales ínfulas que bajo el ron se estilaban en las reuniones en la sala,

ni los hombres que solían salir de las paredes a conversar entre cada borrachera
al son de las retretas de antaño a orillas de la Primogénita...

Todo, de repente y sin despertar algún asombro,

se vio cubierto por ataúdes de olvido a la medida.

Un corcel cimarrón defeca en la puerta,

un barco pasa y desecha el timón en la ventana,

temblores hilvanan la más nefasta despedida,

la parca es asistida por los muertos del matarife;

una grieta de aire deja ver más allá...

revienta el corazón mordaz, se desploma la total estructura sobre el cemento pulido...

en un leve descuido del Hermes habituado tras los años de fragua brota una
lágrima,

un sutil lamento asoma vestigios humanos en la alfombra,

pero no es sino un tenue intento que no dura más de lo que el común olvido permite:

locura breve de las carnes breves que los hijos de Adán destilan
tras beber un poco de la cicuta que se dice sabiduría...

“Hubiese valido lo mismo tomar el mecate antes de este todo sinsentido”,
se repite en desvaríos previos al colapso.

Nada nuevo ha pasado;
como él: otros antes, otros después;
todos: la misma suerte.

Basta que los días transiten para que nadie visite otra vez la sepultura
en la nación escueta que con orgullo procuró,
hendidura idónea para un adiós definitivo,
para un olvido, quizás dos.

Incluso allí,
en las tierras posteriores al monitor,
nada se recuerda.

Un hombre que será olvidado fraguaba otra matanza,
pero ya era tarde
y no le alcanzó más
que para librar al mundo de sí mismo.